

Lluvia de Cerdos

Un día cualquiera, de un mes cualquiera, de un año cualquiera en medio de los 90, en plena Habana, justo a los quince minutos de tirarse en la cama, Exon no pudo aguantar más las ganas de mear.

–Coño, to’ el singa’o día sin ir al baño y na’ ma’ me recuesto y dale... Me cago en...

–Eso se llama vejez –le grita Mara desde la sala– y deja de andar en cueros por toda la casa, ¡por favor! Un día de estos los vecinos...

–¡Los vecinos! ¿Qué cojones...

–No creo que les haga mucha gracia ver tus huevos colgantes de babilonia o ese pingajo deslecha’o a media asta.

Y podría haberle contestado: «¡bien que has saborea’o esos huevos!» o «¡anda que no has forra’o pepino con esos intestinos cagalitrosos!» o «¡qué hija de puta!» pero estaba demasiado cansado para eso. Demasiados años. Demasiado peso. Demasiado jodido para tener ganas de seguir jodiendo. Así que siguió arrastrando los pies hasta el baño y meó y meó, que parecía que iba a desbordarse el inodoro (había olvidado que estaba tupido) y se quedó más que a gusto. Y se dio cuenta del placer que tiene el vacío de una buena meada. No tanto como singar o comer o ¿dormir? Dormir, quizá.

Y pensó en destupir aquella puercada mostaza, pero los tanques estaban vacíos. ¡No había agua! –Me cago en... –Había perdido el sueño. Había perdido la vida. Había perdido. El cansancio, el verdadero cansancio, era tal que le aplastaba como aplasta un mineral pesado abstracto. Olía a suciedad, a abandono, a decrepitud, a olvido, a desahucio, a un olor tan familiar como imperceptible.

Salió al pequeño patio improvisado de azotea y miró al cielo enorme, azul y despejado. Efectivamente, quizá podían verlo. Pero, ¿qué más daba? De repente vio a un enorme lechón caer en el asfalto como un meteorito. Desde allí arriba no pudo ver muy bien si abrió un nuevo boquete o reordenó todos los baches de otra manera. Con ese ruido que hacen los cerdos cuando les clavan un puñal en el corazón, el animal chilló ensangrentado hasta que pudo ponerse de pie y salir corriendo. Luego cayó otro sobre el mojón de la esquina y se desintegró en varios trozos de carne y grasa. Los pocos que lo vieron salieron corriendo, agarraron lo que pudieron contra sí y, manchándose de sangre y vísceras, corrieron hacia donde nadie pudiese arrebatarlo. Los que vieron a los que corrían se preguntaban hacia dónde tenían que correr para agarrar lo que pudieran y correr. Y siguieron cayendo más cerdos durante media hora y a los que podían levantarse y salir corriendo la gente los perseguía y los derribaba y los mataban con lo que podían: un trozo de cabilla, un fleje o a puño limpio. Hubo un tipo que se quitó el cinto del pantalón y se lo puso a uno; como un collar a un perro. Pero no podía sujetar al cerdo y a sus pantalones con la misma diligencia y al final el cerdo se le escapó y otros le dieron caza. Y les imploró que era suyo, pero lo ignoraron y lloró ahí en medio de todo el jaleo sin importarles lo que pensarán de él. Y nadie se percató de que Exxon estaba desnudo. Tal y como su madre lo había traído por puro accidente a este mundo. Ningún vecino lo vio. Entonces Exxon tuvo una premonición. Miró al cielo y pudo ver como un cerdo crecía desesperadamente contra su cara. Su obra de arte total.

Gato por liebre (primera parte)

Exon nació con un controvertido don, el don de la falsificación. «Lo original no es más que eso, una ilusión», pensaba, y a veces se le escapaba con los labios tan apretados; que salía como un ridículo suspiro asmático inaudible por mucho oído que se le prestara. «Lo original es puro placebo, sobre todo para los *snobs*». Lo falso es tan verdadero como la verdad más absoluta. No hay más que mirar alrededor. Exon era un artista capaz de convertir en verdad una mentira irrepetible. No era un mentiroso. No. Era un falsificador, que no es lo mismo. Lo falso solo necesita exhibirse el tiempo suficiente para ser verdad, ni siquiera defenderse. Es un estadio temprano de la verdad.

Exon miraba la realidad con una relatividad demasiado oriental, insoportablemente oriental. ¿Qué separa el bien del mal? Depende. Siempre depende. Y esto ni siquiera alcanzó nunca las cuerdas vocales de su tráquea. Esta idea, tan simple, debía vivir para siempre confinada en los pliegues arrugados de su cerebro; en algún rincón a salvo donde no hiciera falta agua ni alimento, luz o calor. Lo falso es tan verdadero como la verdad más absoluta, pero no debe ser revelado; aunque solo baste con mirar alrededor. Era un secreto ilegal dicho a voces del que solo él podía beneficiarse. Era eso frágil que, con independencia de lo mal que le fuera en el día a día, a él le seguiría beneficiando.

Era su secreto que una vez fue descubrimiento, pero que no hubiera podido ser, si no tuviera ese don; si no fuera un falsificador y el don es un accidente genético. Lo tienes o no. Es como nacer en un lugar o en otro (accidente geográfico), tener unos padres u otros (accidente genealógico) o vivir en un sistema u otro (accidente ideológico). En la catástrofe del día a día un accidente compensa a otro. Así funciona la complejidad. Al final es imposible distinguir si el desastre es nuevo o es una reordenación de desastres anteriores; tan difícil como separar el trigo de la paja o la verdad de la falsedad.

Exon descubrió su don un día de esos iguales a otros que no había nada en la despensa para cocinar. Entonces se presentó un tipo en la puerta y le ofreció un gato de la misma manera que si le ofreciera un pescado.

–¿Eso se come? –preguntó.

–Claro asere, ¿tú crees que yo te voy a vender algo que pueda fundirte? Está pela'ito y to', directo pa' sarteniza'l.

Y Exon, que solo tenía unos trozos de papas y zanahorias en la despensa, lo “sartenizó” con la ayuda de las últimas gotas de una botellita de aceite de soja y unos granos de sal. Cuando Mara llegó del trabajo Exon sirvió el plato acompañado de medio aguacate.

–¡Qué rico! –dijo al probar el primer bocado–. Oye, ¡que suerte! –continuó en éxtasis con la boca llena y los ojos cerrados.

Exon lo probó y sonrió. Ese día Mara comió conejo y Exon gato.

Hay que hacer una distinción importante cuando hablas acerca de la genuina calidad de una pintura. No tiene que ver con si es una pintura real o una falsificación. Tiene que ver con si es una buena o una mala falsificación.

Orson Welles

Lo que no se parece a nada no existe.

Paul Valery

Chichiricú mandinga

Mucho antes de que Exon comiera gato, ¿o conejo?, o mucho después; mucho antes de la lluvia de cerdos, o mucho después, Exon recibió un extraño encargo de su amigo Wolf. Lo siento por la imprecisión de los tiempos, pero los días eran y son tan parecidos, que es imposible determinar cuál fue *déjà vu* de cuál. Solo hay que mirar alrededor. En éste pasaje lo más relevante es que Wolf traficaba con obras de arte, quería vender un pequeño cuadro de Lam heredado por la madre de una amiga, a su vez amiga de Lam, a un diplomático y el óleo estaba algo deteriorado. Wolf pensó que restaurado valdría más y así su comisión por la transacción sería mayor y pensó también en Exon que, aunque lo conoció en un taller en la Escuela de Diseño, dijo que había estudiado en la Academia de San Alejandro, y se acordó también que pintaba mejor que la media. Exon, cuando vio aparecer a Wolf con aquel lienzo pequeño enrollado dentro de un trozo de tubo de desagüe de inodoro, pensó que aquello ya había pasado antes, o que pasaría después, pero como estaba pasando en ese momento, le invitó a entrar y subieron a la azotea.